



VOL: AÑO 3, NUMERO 7-8

FECHA: MAYO-DICIEMBRE 1988

TEMA: REFLEXIONES SOBRE MODERNIDAD Y POSMODERNIDAD

TITULO: **Entrevista a Jean Francois Lyotard**

AUTOR: *Christian Deschamps* [*]

TRADUCTOR: Virginia Sánchez

SECCION: Entrevistas

TEXTO

CD- Las creencias en el progreso, en la ciencia, que caracterizan a la modernidad se encuentran ahora desgastadas: ¿Estaríamos en una sociedad post-moderna?

JFL- Ese término, que yo tomo prestado de los norteamericanos, designa un estado de la cultura. Se puede llamar modernas a las sociedades que basan los discursos de verdad y justicia en los grandes relatos históricos, científicos. Seguramente se encuentran ahí múltiples variantes. Los jacobinos franceses no hablan como Hegel, pero siempre encuentran lo justo y el bien aprehendidos en una gran odisea progresista. En lo post-moderno, esto que vivimos es la legitimación de lo verdadero y de lo justo lo que permitió aquí ejercer el terror, allá lamer las botas del rey de Prusia, en otro lado ser estalinista o maofista. Hoy, el propio discurso del capital está en crisis. El "enriquezcase usted" o el discurso del progreso están en vías de desaparecer. La crisis no es solamente por el hecho de que el petróleo esté caro, es -a mi entender- la crisis de estos relatos.

CD- En las crisis clásicas, se decía "esto marcha mal", pero las explosiones milenaristas o revolucionarias reactivarían la maquinaria, y lo salvarían todo... En la postmodernidad vivimos en las crisis sin su gran ocaso.

JFL- Nada se adquiere jamás y no se está jamás a salvo de una resurrección de la potencia de un relato universal. El nazismo lo movilizó para escapar de la crisis. Por otra parte siempre se ha tenido necesidad de las "fábulas" y nosotros las deseamos todas. Pero el regreso del gran relato de la historia sería una recaída. Esta puede venir, de varios lados, de la derecha clásica, de la derecha extrema, pero también de la izquierda. Pero si todo esto es posible, me parece que las concepciones generales de la sociedad han abandonado la idea de la unidad, de una historia universal, de todo aquello que implica un modelo de previsión posible. Todo esto -evidente en las ciencias desde la gran crisis de finales del siglo XIX- circula ahora masivamente en lo social.

CD- Todo mundo siente que está ocurriendo algo como irreversible. Esto puede ir del más extremo júbilo a la desesperación más profunda.

JFL- Algunos se alegran de estar libres de las coacciones de la metafísica, otros viven muy mal la pérdida de los objetos de creencia ¿"Qué queda por hacer" si ya no se puede ni luchar ni sufrir para liberar a la humanidad, ni tampoco luchar más para enriquecerse? Hay ahí un vacío, una vacilación, sin embargo esto puede ser muy rico y muy inventivo. El sistema no se cierra jamás, ni como sistema de pensamiento ni como sistema económico.

Esto perturba constantemente los órdenes que suscita. No se puede volver a cerrar -a pesar de que ésta tentación persiste acá y allá- precisamente porque tiene una necesidad perpetua de "lo nuevo" para permanecer competitivo.

CD- ¿Desaparecerán las grandes alternativas políticas y religiosas?

JFL- Nadie cree ya verdaderamente en las salvaciones globales. En los países desarrollados, los partidos, comunistas no ofrecen más que matices en la gestión del sistema. Para un político tradicional, para un "revolucionario clásico" esto es desesperante. Pero esto no es así del todo si uno se interesa por la capacidad de producir "en los extremos". No se trata de los márgenes, sino de aquello que se encuentra en el corazón de las invenciones del arte y de la ciencia.

CD- Se escucha a menudo decir: "La ciencia funciona para el sistema". Pero ella también socava sus regulaciones.

JFL- La ciencia moviliza las inversiones y las regulaciones, y además al mismo tiempo no cesa de producir enunciados -que respetando las reglas del lenguaje científico- jamás son previstos. Estos para enunciados me apasionan. Se les encuentra en los campos más extremadamente diversos que van desde la invención de un teorema matemático a las obras de Duchamp. Los artistas todavía más postmodernos que los científicos no cesan de producir "en los extremos". Los pintores, escritores, los cineastas, inventan fuera de toda referencia.

CD- ¿Experimentamos una situación de relatividad generalizada?

JFL- El arte no existe verdaderamente más que en los juegos que conducen a las fronteras de lo espacio-temporal, a los límites del cuerpo. Hay ahí un juego apasionante que es jugado, negociado como "aceptable". Las artes contemporáneas destruyen el gusto como norma, como consenso. Las más audaces de las percepciones deshumanizan el cuerpo de la tradición clásica y romántica. Todo aquello que pasa de verdaderamente interesante surge de este movimiento; y al no ser de éste, cada uno se encuentra en conflicto con el otro y puede claramente juzgar que aquello que produce el otro no vale nada.

CD- ¿El juego social sería de la misma naturaleza que estos campos artísticos o científicos?

JFL- Simplificando al extremo, se puede ver que el capitalismo en su versión de mínimo estado -que aún está lejos de ser realizado, y que puede tomar siglos- reduce considerablemente las coacciones sociales. No exige más a la gente que participe de ideales comunes. Reclama solamente un mínimo de tiempo de trabajo necesario.

Es completamente estúpido continuar trabajando cuarenta horas y se puede imaginar un acuerdo general concerniente a la baja del tiempo de trabajo. Se toca ya claramente una situación donde el trabajo ha perdido su importancia como ideal y como razón de vivir. No es más que un umbral mínimo exigible para que la sociedad no desaparezca. La relación social no se realiza sino bajo la forma del salario.

En el plano del lenguaje asistimos igualmente a una libertad extrema en relación a las coacciones institucionales". ¿Es posible imaginar que un consejo de ministros cuente historias que se defiendan en un cuartel y que se experimenten en la lengua de la Universidad? Se puede ciertamente, bajo la condición de que el consejo trabaje con

escenarios planeados, que los supervisores acepten deliberar con los soldados, que la Universidad abra talleres de creación.

En todos estos casos, los límites de la antigua institución se han desplazado. Estos últimos no desaparecen, toleran "los extremos". estas situaciones son debidas al hecho de que la relación social no pasa más esencialmente por la importancia de la institución".

CD- En el trabajo que presenta el saber contemporáneo, el desarrollo de las ciencias y de las tecnologías tiene una cierta autonomía. Pasa continuamente más allá o más acá del control del estado. Usted habla de la informática, y, por primera vez, alguien no se contenta con denunciar sus peligros. Usted ve en el uso de la informática la posibilidad de desmultiplicar las invenciones, las "jugadas", los juegos del lenguaje.

JFL- El Estado francés pretende -arcaicamente- mantener un monopolio sobre las telecomunicaciones. Si lo realiza verdaderamente, sería una catástrofe programada por políticos que no saben pensar más que en términos de un Estado monárquico o de un Estado jacobino. Porque ya -de hecho- el Estado no tiene más ese monopolio. El poder pertenece a las grandes empresas que fabrican las máquinas, que disponen de redes de servicios. Por un lado, la informática reenvía al Estado, pero, por el otro, ella también puede abrir posibilidades inmensas si se le da a la gente el acceso a las memorias, a los bancos de datos... Con una terminal inteligente que conectara con la memoria de la Biblioteca Nacional, las posibilidades de conexión del saber se volverían inauditas.

CD- Se vuelve a encontrar entonces la cuestión del poder de acceso a todo esto. ¿Se juega ahí la política del "quién dice qué y a quién?"

JFL- Todo esto compromete también a un editor que pretende vender la ciencia ficción el estado de la física del mundo. Se encuentra también la dificultad de la transformación de los contenidos del saber en unidades de información. Las tentativas de memorizar los textos filosóficos hasta el presente han fracasado. Ciertos contenidos del saber no son reductibles a la información. Hegel no da información. Como yo veo al mundo, de Einstein, tampoco. La mitad de estos contenidos no es cuantificable.

CD- La ciencia contaba historias, argumentadas en las reglas del juego científico. Le es necesario también aportar sus pruebas.

JFL- Para un científico, lo importante no es tanto que lo que él dice sea verdadero, sino que lo que aporta no sea falso, que no haya un contraejemplo. Este cambio es fundamental. Los científicos cuentan historias que no se encuentran totalmente unificadas. Por otra parte, la idea de una teoría unitaria es completamente problemática. Y, cuando se encuentra alguna es una teoría de la multiplicidad. No hay más que determinismos locales, no hay más que pequeños relatos.

CD- Sin embargo, el uso socio-político de la ciencia se apoya todavía frecuentemente en una visión progresista heredada del siglo XIX. Observe el uso de la medicina en los medios masivos de comunicación.

JFL- El Estado invierte, en efecto en la investigación médica. La gente ve en esto la función inmediata, benéfica de la lucha contra la enfermedad y la muerte. Ahí se forma un gran núcleo que parece racional. Hace un siglo era la física quien mantenía este papel. Es ella quien debía, gracias a las aplicaciones industriales, liberar a la humanidad. De esto es de lo que se ocupaba el saint-simonismo. En cierto sentido, la medicina juega actualmente este papel. Pero, aparte de esto, el discurso de la ciencia se revela como muy flexible y muy riguroso. Es riguroso en sus reglas de aceptabilidad; pero desde que

se entra en la comunidad científica, comienza la discusión. Se trata entonces de encontrar los defectos de la argumentación o de la experimentación, los contra ejemplos. Todo esto se acerca aquí a la retórica judicial que dice: "Vuestro testimonio no vale nada".

Si se examina la ciencia cuando se está haciendo, se asiste a justas retóricas fabulosas. Se encuentran ahí las "jugadas" que inventan nuevas reglas tan bellas como una apertura inédita en un juego de ajedrez.

CD- Esas "jugadas" se encuentran también en la política, en la música. Es la que realiza Schönberg.

JFL- Schönberg es un buen ejemplo. Utiliza una gama de doce en lugar de una gama de ocho; abandona la melodía, ese relato de la música post-romántica. Pero es aún clásico. De hecho, los cambios jamás son completos; las "jugadas" y los juegos de lenguaje transcurren siempre en zonas parciales. No son sincrónicos, sus autores no se conocen. Sin embargo, me parece que hoy la ciencia y las artes acumulan este tipo de efectos que se dan ahí. "La política -como es frecuente- está retrasada".

CD- ¿Los "indios metropolitanos" italianos de 1977 no inventaron, con su dadaísmo político, las "jugadas inéditas"?

JFL- Me gusta mucho ese movimiento, aún si la mitad de sus producciones fueran francamente débiles. Pero interesarse en el vagabundeo, es aceptar un desperdicio formidable. Esto se ve bien tanto en las ciencias como en las artes. De todas maneras, es inevitable si no se regula "antes". Y regular antes es estar siempre en el terror del poder.

CD- Pero el saber, igualmente hipermoderno, lo es sin embargo mucho más que la ciencia.

JFL- En las sociedades clásicas, el saber esta regulado por las narraciones míticas, por las leyendas, y ese saber -que no ha desaparecido totalmente- no es jamás saber simplemente. Al pequeño campesino tradicional se le enseña a cultivar el trigo; pero al mismo tiempo se le dice qué es necesario escuchar, cómo hablar, cómo inscribirse en los relatos. El orden clásico aprende al mismo tiempo lo real, lo bello y lo justo. Todo esto estalló desde hace mucho tiempo, y los tiempos modernos han fabricado -con los Ilustrados- un gran relato de la naturaleza, de la sociedad. La novela es el saber-decir y el saber-ser de esta modernidad. Todo esto se desagrega en la post-modernidad. Nuestro saber vivir, nuestro saber escuchar se experimentan sin grandes relatos.

CD- Cada uno es reenviado a sí mismo. Es a la vez poco y mucho. Muy poco porque cada uno está atomizado y mucho porque es también el más desfavorecido. Dice usted que no se está totalmente desprovisto de poder sobre los mensajes que lo atraviesan.

JFL- Cada individuo no es, en efecto, una gran cosa. Pero como las instituciones -la escuela, la familia, la sexualidad- son puestas a prueba incesantemente por el sistema mismo, el individuo se ve forzado a inventar conductas. La política del mínimo de Estado deja mucho al Yo, que se ve inducido a producir sus pequeñas narraciones.

CD- En esta descripción, ¿cómo articular posiciones políticas de rechazo?

JFL- El criterio que me parece pertinente, es el de la experimentación de los límites de las instituciones, de los juegos del lenguaje... ¿Cómo transitamos a través de lo que ayer se pensaba como infranqueable? Un juego del lenguaje que era percibido como escandaloso y que termina por ser aceptado, puede producir -quizá- un poco más de libertad. Yo

planteo la hipótesis de que esos espacios se encuentran en la sociedad. Si eso se revelase imposible no sería más que un bloque negro y opaco del cual no valdría mucho la pena hablar.

¿Existe un límite para la experimentación? ¿Qué es ir demasiado lejos? Un ejemplo: después de la Revolución Rusa los suprematistas, los constructivistas, produjeron en las brechas abiertas: experimentan. Se les dice: "eso que ustedes hacen es incomprendible para las masas". Lenin quiere un arte "útil". El límite se da así claramente como un límite de la experimentación estética. Es decir, yo no le reconozco a ningún partido el derecho de limitar la experimentación de los artistas, de los científicos.

CD- ¿Por lo tanto, todo está permitido?

JFL- No, porque no es necesario reconocer a nadie la autoridad terrorista de imponer al otro una función. El terror es: "tu vas a hacer esto, si no ..." Es este "si no" lo que es intolerable. Estas terribles amenazas -de las que nuestro siglo y nuestro presente son tan ricos- son siempre las que rompen el derecho a jugar.

CITAS:

[*] Traducción de Virginia Sánchez. Publicado en Entretiens avec Le Monde I Philosophies, París, Editions La Decouverte et Journal Le Monde, 1984 pp. 149-157.